

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

Gilberto Urrutia

Todos los cristianos conocemos muy bien ésta frase, y cada vez que rezamos el *Padre Nuestro*, lo expresamos una y otra vez de forma automática.

Lo hemos pronunciado en voz alta o bien lo hemos meditado en silenciosa oración ya tantas veces, que no estamos concientes del gran significado que tiene para nosotros, y sobre todo, para nuestra fe en Dios y nuestra esperanza en el Reino de los cielos.

El *Padre Nuestro* es la única oración, que Jesucristo dejó como precioso y divino legado en la Biblia a los cristianos de todas las generaciones, y nos pidió que haciendo uso de élla, rogáramos a Dios por nosotros y por los nuestros.

Si fue la única plegaria que Jesús instituyó para ser rezada con regularidad y por los siglos de los siglos, tiene que ser una oración perfecta e insuperable, que abarca e integra magistralmente los aspectos más relevantes de nuestra fe como cristianos.

De ésta premisa se deriva también la gran importancia que representa para cada creyente, puesto que las frases que componen la oración deben tener seguramente un significado más profundo, y su contenido literal también debe tener diversos propósitos, que la gran mayoría de los creyentes ordinarios ignoramos.

Existen muchas interpretaciones pormenorizadas de connotados Padres de la iglesia y de ilustres teólogos como Orígenes de Alejandría, Juan Crisóstomo, San Agustín de Hipona, etc; que proponen diferentes explicaciones y orientaciones muy valiosas sobre el texto, los cuales nos pueden ayudar a comprender mejor el significado y el mensaje implícito que esa grandiosa oración tiene para el fortalecimiento de nuestra fe.

Pero además, debe haber también infinidad de interpretaciones personales del texto del *Padre Nuestro*, que cada creyente para sí mismo, haya podido hacer al escudriñar la oración con reverencia y reflexión.

Un buen día, meditando yo sobre el sentido de esa frase de la oración, me vino como un relámpago a la mente el pensamiento sobre el glorioso hecho, de que el Reino de los cielos es una realidad tan verdadera como es la tierra, donde existen seres que igualmente están sujetos a la voluntad de Dios, nosotros los que aún estamos aquí y aquellos que ya pasaron a mejor vida y están allá.

Y al recordar el siguiente mensaje de Jesús: **“Dios no es un Dios de muertos sino de vivos, ustedes están muy equivocados.”**, y vincularlo con la frase del *Padre Nuestro*: **Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo**; fue entonces cuando tomé conciencia del significado y de la trascendencia de ese ruego concreto: Que no solamente existimos los seres mortales que vivimos en la tierra en éstos momentos, sino que simultáneamente existen seres espirituales y eternos que viven en el Cielo desde tiempos inmemoriales. Es decir, los que murieron antes de nosotros y aquellos queridos familiares y amigos, que ya fallecieron.

Nuestros muertos viven eternamente desde que partieron de éste mundo y sólo por esa razón, rogamos a Dios para que se haga su voluntad aquí en la tierra como en el cielo.

Por medio de la Biblia se nos ha revelado que Dios rige de modo soberano tanto en el universo material, del que la tierra forma parte, como en el reino espiritual de los Cielos.

Jesús se acercó y les habló así: «Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la tierra. Mateo 28, 18

Así se expresa Yavé: ¡El cielo es mi trono y la tierra la tarima para mis pies! ¿Qué casa podrían ustedes edificarme, o en qué parte fijarían mi lugar de reposo. Isaías 66,1

Deseo detenerme aquí un instante para comentar algo muy importante sobre la palabra *revelar*, la cual significa: manifestar algo que estaba oculto o bien descubrir alguna cosa escondida, que da luz y conocimiento a aquel que la busca.

En el caso muy particular de la Biblia es la comunicación de Dios con su criatura. Lo que nuestro Creador nos manifiesta en su Santa Palabra, son realidades y verdades espirituales que para el ser humano siempre han estado ocultas por ser inmateriales e invisibles, y que por lo tanto no podían ser percibidas por nuestros sentidos.

Esa es la razón por la que Dios nos las tiene que revelar, ya que de no haber sido así, no nos habríamos enterado nunca de esas realidades espirituales.

Otra cosa muy diferente es la palabra *imaginar*, que significa crear en la mente una imagen o un retrato de una cosa material y visible ya conocida, por medio de nuestra propia fantasía

Una vez explicado esto, hagamos una comparación entre una revelación de Dios como la del *Reino de los Cielos* ; y una imaginación humana como la de *El Dorado*, aquella famosa leyenda de una ciudad de oro, la cual los descubridores europeos estuvieron buscando en vano durante siglos en la selva tropical sudamericana. La ciudad de oro nunca fue encontrada, porque esa leyenda había sido una creación de la fantasía, es decir, una imagen mental de enormes cantidades de oro y piedras preciosas, que era lo único en que estaban interesados los descubridores: los tesoros materiales ya conocidos.

Por el contrario, el Reino de los Cielos tuvo que ser revelado por Dios, porque al ser de naturaleza espiritual e invisible, era totalmente desconocido por los hombres antiguos ya que no lo habían visto jamás, y por consiguiente, era imposible que se lo pudieran imaginar y mucho menos todavía desearlo.

Por supuesto, todo depende de la capacidad de creer y de la fe, facultades humanas éstas, con las que Dios nos dotó a los seres humanos, para poder relacionarse y

comunicarse directamente con nosotros. Y también depende de otra capacidad espiritual humana, la voluntad. Es por eso, que unos creen en Dios y en su Palabra, mientras otros simplemente no creen.

Jesús les respondió: «A ustedes se les ha concedido conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos, no. » Mateo 13,11

Si creemos en Dios, tenemos que creer igualmente en su Santa Palabra, que está plasmada en la Biblia, y tenemos que creer en Jesucristo su Hijo amado, en quien Dios se complace.

Después de su Pasión, Jesús se manifestó a ellos dándoles numerosas pruebas de que vivía, y durante cuarenta días se le apareció y les habló del Reino de Dios. Hechos 1, 3

Según Jesús, el Reino de los Cielos esta poblado no solamente de ángeles, sino también por todos aquellos hombres, mujeres y niños que después de morir, por obra de la infinita Gracia y Misericordia de Dios, sus espíritus o almas fueron destinados a vivir eternamente cerca de Dios en su Reino.

Así lo afirma el Señor Jesucristo:

« Yo se lo digo: vendrán muchos del oriente y del occidente para sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos », Mateo 8, 11

Esa es la gloriosa esperanza viva que debe permanecer anclada en el corazón de cada creyente cristiano, que cree firmemente en la promesa de vida eterna y del Reino de los Cielos que nos trajo Jesús cuando vino al mundo.

Y con ése divino propósito Jesús nos enseñó el Padre Nuestro, para que al rezarlo y al repetirlo una y otra vez, nos ayudara a afianzar y robustecer nuestra esperanza en su maravillosa promesa.

El Reino de los Cielos no es un producto de la imaginación de los hombres, como lamentablemente mucha gente en nuestra sociedad incrédula así lo considera hoy en día. El Reino de Dios es incluso más real y más verdadero que éste mundo material en el que vivimos un tiempo tan corto. Un mundo de apariencias que no es permanente y en el que todo pasa y cambia sin cesar. Mientras que el Reino de Dios es firme y es eterno.

En el antiguo testamento está escrito:

« Dios no es hombre, para que mienta; ni hijo de hombre para que se arrepienta: Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará? » Números 23, 19

Dios no miente nunca, mientras que nosotros sí mentimos y engañamos, y no sólo engañamos a los demás todos los días con nuestro comportamiento fingido y con nuestras mentiras no tan piadosas, sino que sobre todo, nos engañamos a nosotros mismos por medio de nuestras falsas creencias y las propias imaginaciones que inventamos en nuestra mente.

Así como a diario estamos fingiendo y engañando, de esa misma manera fingen y nos engañan los demás, por lo que la mentira en el mundo es algo natural y muy humano. Por esa razón, el mundo no es otra cosa que un gran escenario teatral, donde cada quién con su propia máscara actúa y finge según sea la situación en que se encuentre y lo que más le convenga. Y por supuesto, las mentiras forman lógicamente parte importante de los libretos de nuestros roles personales.

Esa es la realidad de las apariencias que vemos en el mundo, y aquel que no quiere creer que la vida en éste mundo terrenal está saturada de mentiras, es simplemente un crédulo incauto que « *vive* » en la Luna.

Si hay que creer, creamos en Dios y en su Santa Palabra en primer lugar, y en segundo lugar siempre, creamos en los hombres y en las mujeres. Procuremos no cambiar nunca éste orden de preeminencia. Ese es mi humilde consejo.